

diera existir, y en que ellas sólo representan la resignación ciega á las voluntades y á los pensamientos de aquellos que en las alturas vertiginosas de la monarquía nacieran. La ciencia lanza un resplandor, á veces siniestro, y el viento de sus ideas, sobre estas comprimidas hirvientes pasiones. A una revolución lenta en la filosofía, sucede otra revolución no ménos radical y no ménos profunda en la sociedad. Coincide con estas ansias y estos anhelos del espíritu humano, la aparición de la democracia en América. Un pueblo vence á los reyes, y se erige en el estado político más cercano á la naturaleza. El instinto de Rousseau, el profeta, se engañó al anunciar que las monarquías tradicionales se encontraban tan fuertemente asentadas, que ninguna idea podría conmovérlas. Una monarquía se desplomaba en América al mediar el siglo décimo-octavo y se erguía un pueblo sin reyes, sin dinastías, sin aristocracia tradicional, y sin Iglesia oficialmente organizada; un pueblo demócrata y republicano. La educación era tal, que lejos de creerse perdida Europa con esta inesperada ruina de sus ídolos, se avivó grandemente en exaltadas esperanzas; y los aristócratas corrieron del Viejo al Nuevo-Mundo para sostener la cruzada del derecho, y los reyes prestaron su apoyo á esta emancipación de los pueblos. Desde que la República se fundó en América, la monarquía tradicional estaba perdida en Europa.

Francia obtuvo en la Edad moderna desde mediados del siglo décimo-quinto, el ministerio de primera nación europea que Italia desempeñara hasta fines del siglo décimo-quinto, que España recogiera á fines del siglo décimo-quinto, y llevara hasta la muerte de Felipe II. La posición central de Francia, su genio comunicativo y abierto á todas las ideas, la maravillosa flexibilidad de su lengua, la elocuencia de sus grandes prosistas, todo contribuyó á divulgar por el mundo el pensamiento revolucionario explicado en el

largo comentario de la Enciclopedia y mantenida por una legión de filósofos cuya claridad en las ideas, cuya gracia en el lenguaje, parecían destinadas solamente á democratizar las inteligencias, para que estas á su vez democratizasen la sociedad entera. El Verbo tomó carne en aquellos hombres. Las revoluciones humanas han sido siempre así. Después de un largo y oscuro período metafísico, en que las ideas parecían perderse, ora en los abismos de la tierra, ora en las profundidades del cielo, alejadas, muy alejadas de esta superficie de la realidad, teatro donde se suceden los hechos; después de esta larga elaboración filosófica, viene el más humilde, el ménos profundo quizá de todos los pensadores, dotado de una sensibilidad exquisita, de elocuencia arrebatadora, con el don de gentes, con las vocaciones apostólicas, inquieto por propagar y difundir los nuevos principios, llegando á ser en la alta esfera científica el Verbo, y en la esfera histórica el Redentor, destinado á esclarecer y á salvar á los pueblos. Así fué la Enciclopedia; el verdadero Verbo de la filosofía moderna, el alma de la revolución democrática. Como Luis XVI protegió la revolución americana, que debía desarraigar los reyes absolutos, el Regente, y Luis XV mismo, protegió la Enciclopedia, nube en cuyas entrañas iba el rayo que derribaba en el polvo las coronas. Los reyes absolutos prepararon la revolución como los Emperadores romanos prepararon el Cristianismo. En aquel porfiado combate de todo el siglo décimo-octavo con la Iglesia, combate á cuyo término se disolvió la orden de los Jesuitas, predominando por completo la monarquía sobre el Pontificado, los reyes destruyeron la base férrea sobre que á un tiempo se levantaba su propia autoridad y la obediencia de los pueblos. La revolución que habían atizado los consumió á todos; y el incendio se propagó desde el Escorial hasta el Kremlin.

Cierto día los monarcas absolutos de Fran-

cia se sintieron pobres y se quejaron de padecer hambre. Para conjurar la miseria y para satisfacer el hambre necesitaban de sus pueblos, de su sudor y de su sangre. No hay nada en demostración de la inania de una monarquía como que los reyes necesiten á los pueblos en vez de necesitar los pueblos á los reyes. La monarquía reunió los Estados Generales y los Estados Generales trajeron á la realidad viviente las ideas de la filosofía abstracta. Estas ideas pugnaban de tal manera con la realidad que no podían cumplirse sino por medio de una revolución. Y esta revolución, que nació á la sombra de la monarquía, destruyó la monarquía; como el Cristianismo que nació á la sombra de la sinagoga, destruyó la sinagoga. Un medio había quizá de impedir la revolución; realizar la reforma. Este medio aconsejaba siempre el gran Turgot, aquel ministro de Luis XVI que deseaba llevar el espíritu moderno á las viejas instituciones sin sacudimientos y sin violencias. Pero la febril impaciencia de los revolucionarios y la incurable ceguera del rey destruyeron este medio único y desencadenaron la más terrible y también la más fecunda de todas las revoluciones sociales. «Los grandes nos parecen grandes, decía el genio de la revolución, porque los miramos de rodillas; irgámonos, y los grandes nos parecerán pequeños.» En otra ocasión exclamaba ante el rey que desconocía la autoridad de los representantes del pueblo: «Estamos aquí congregados por la voluntad de la nación y no saldremos sino por la fuerza de las bayonetas.» Estas ideas tenían necesariamente que condensarse en una revolución; y esta revolución tenía que traer una constituyente. La Bastilla se desvaneció como la sombra del feudalismo, el santuario de la monarquía absoluta, y Versalles, fué violado, y el rey conducido á París, al océano tempestuoso de la revolución. Las ideas más humanitarias brillaron sobre la frente de aquella Asamblea inspiradísima. En la noche del

cuatro de Agosto de 1789 se vió á la aristocracia subir solemnemente por las gradas de la tribuna francesa y renunciar á los privilegios de quince siglos como en otro tiempo los sacerdotes paganos, vencidos y deslumbrados por las ideas del Cristianismo arrojaron desde lo alto de la Roca Tarpeya el tirso de oro y la corona de verbena. Pero había un nudo que era imposible desatar, un nudo que se debía romper; el conflicto entre la fé de la revolución y la fé del monarca. La revolución no podía tocar á la tierra de los principios sociales sin tocar al cielo de las creencias religiosas. Entre las ideas de una época y sus leyes sociales hay la misma relación estrechísima que entre el cuerpo y el alma. Cambiar las instituciones sin cambiar las ideas era imposible; y también imposible que las nuevas instituciones se fundasen sobre las viejas ideas. Pero el rey no podía renunciar á la fé de sus mayores ni comprender cómo siendo irresponsable entre el pueblo podía obtener esta misma irresponsabilidad ante Dios. Su conciencia le separaba de la revolución. La ley del clero abría un abismo entre el monarca y el pueblo. Así Luis XVI apeló un día á la fuga para ponerse al frente de los ejércitos aliados, y destruir al pueblo como más tarde se puso el pueblo al frente de los revolucionarios para destruir al rey. El monarca antiguo cayó del santuario de su palacio donde había sido adorado como un Dios en los calabozos del Temple, monumento que recordaba uno de los mayores crímenes cometidos por la monarquía tradicional para fundar su autoridad absoluta. Del Temple pasó el rey al juicio de la Asamblea; y del juicio de la Asamblea á manos del verdugo. Cuando dijo el sacerdote católico: «Hijo de San Luis, subid al cielo,» indicándole con ademán inspirado la escalera del suplicio, cerró con una frase sacramental la epopeya de la monarquía como muchos siglos antes, la frase, «El Dios Pan ha muerto» cerró la epopeya del Paganismo.

Al comienzo de la revolución no había ningún republicano. El mismo Robespierre declaraba loco á quien pudiese pensar en traer una República. Siéndolo todos los revolucionarios en el fondo de su conciencia ninguno osaba proclamarlo y decírselo en la viviente realidad. Pero en la lógica de las instituciones y en el curso de los hechos hay algo de lo que hay en las fuerzas ciegas de la naturaleza, un rigorismo que lleva á sus últimos límites todas las consecuencias. La República vino y se planteó por sí misma. Institución nueva desconocida en pugna con el carácter de la nación y con sus costumbres, organismo precioso de una sociedad muy superior á las sociedades antiguas, necesitaba en los encargados de realizarla una prudencia incomparable, y una fortísima concordia. Cosas difíciles hay en el mundo; pero ninguna tanto como fundar la República en pueblos de antiguo acostumbrados á la monarquía. Los republicanos se dividieron en los orígenes de la República y se esterminaron entre sí impiamente sobre aquel encendido cráter. Los girondinos soñaban con una República federal y con oponer á la dictadura revolucionaria de París la liga democrática de las provincias. Los jacobinos, al revés, tendieron á fundar una República autoritaria, dictatorial, tan fuerte y tan poderosa como las antiguas monarquías. Los dantonistas vacilaban entre unos y otros. Los comunistas querían que la República variase desde las condiciones de la sociedad hasta las condiciones de la naturaleza. Los demagogos á su vez lo subvertían todo con la fiebre de sus sentimientos y con la exaltación de sus ideas. La Asamblea había pasado á ser esclava de la Comunidad de París; y la Comunidad de París y la Asamblea esclava de la Junta de Salvación Pública. Un poder misterioso, omnímodo, absoluto, un verdadero poder veneciano, que se formaba en las sombras, y que en las sombras hería, organizó ejércitos invencibles, y dispersó á los reyes extranjeros,

pero también inmoló vergonzosamente la República y dejó en los espacios para oscurecerla y eclipsarla por mucho tiempo la roja encendida nube del terror. Los girondinos entregaron al terror á los constitucionales, los dantonistas entregaron á los girondinos, los jacobinos á los dantonistas, los thermidorianos á los jacobinos, hasta que vino un tirano, el cual se asentó sobre tantas ruinas y tantos cadáveres pretextando erigir una dictadura en servicio de la revolución cuando sólo erigía un imperio en glorificación de su orgullosa personalidad. La República se eclipsó, y la monarquía de la gloria vino á sustituir á la monarquía de la tradición.

La primera República francesa impuso á Europa más el espíritu de la revolución que su organismo. Los principios generales influyeron más poderosamente que la forma del gobierno. En cuanto la República se fundó, surgió con ella el terror. Y en cuanto surgió el terror, las ilusiones que infundiera la idea revolucionaria se deshojaron y se perdieron. Fichte, Schiller, que saludaran la nueva idea con arrobamiento, callaron así que á sus albores sucedieron las tempestades. Luego vino el horrible contrasentido del Imperio á herir los sentimientos más arraigados de los pueblos, y entre todos ellos con más fuerza el sentimiento de independencia. Las guerras que un tiempo fueran de propaganda ó de defensa convirtiéronse en guerras de conquista. Y contra las guerras de conquista protestó una reacción general en toda Europa. Creídas las naciones de que su independencia estaba indisolublemente unida á sus sacerdotes y á sus reyes, como creían los antiguos romanos que su grandeza estaba unida á sus ídolos, surgió por doquier una reacción clerical y monárquica. Italia no quiso la República, la forma de gobierno en armonía con su espíritu y con su historia, porque se la presentaban manos francesas en la punta de las espadas. España, que desde el reinado de Carlos III entrara plenamente en el espí-

ritu moderno, se adhirió más que antes á su monarquía y á su iglesia, queriendo aligiarlas con su libertad y su democracia, aligación verdaderamente imposible. Los pueblos germánicos se juntaron al llamamiento de sus reyes en los campos de batalla y convinieron á una en declararlos árbitros de sus destinos y en seguirles á la victoria ó á la muerte. Así sucedió que, por uno de esos sofismas arraigados en la conciencia y trascendentales á toda la historia, atribuyó la monarquía á la revolución la conquista y los pueblos la creyeron; dijo la monarquía que esperaran de sus manos la libertad y esperaron los pueblos. Pero todas aquellas palabras dadas en el ardor de la pelea, todas aquellas promesas hechas en los campos de batalla cuando los reyes necesitaban de sus pueblos, se perdieron y se olvidaron tristemente en el día de la victoria. Una reacción universal descendió como un mar de tinieblas desde las altas cimas de los tronos. A la cabeza de esta reacción se alzó la Santa Alianza de los reyes que creía poder erigirse sobre el sueño y el silencio de los pueblos un trono incommovible y eterno. La monarquía está restaurada y la revolución destruida. El mundo no podía ya respirar en la libertad. Los reyes se habían vuelto dioses.

Mas no descansa el espíritu humano en su trabajo de renovación y de progreso. Un pueblo que parecía enterrado bajo el peso de su gloriosa historia, el pueblo griego, se removía y palpataba en su servidumbre.

Los mismos que habían sellado el sepulcro de los pueblos sintieron tocados en el corazón por los gemidos que lanzaba este pueblo cristiano contra sus opresores los turcos. Donde quiera que una nación se levanta de su vieja servidumbre se enciende un hogar y una llama de nueva vida. A los primeros sacudimientos del pueblo griego siguió la revolución democrática del año veinte en España. Y esta revolución enardeció más y más á los griegos hasta llevarlos á la

conquista de su independencia. Y no solamente enardeció á los griegos que parecían muertos, despertó á los italianos que parecían dormidos. El Piamonte y Nápoles repitieron la revolución española y proclamaron su código fundamental. La reacción vino, soterró á unos y á otros, á los españoles valiéndose de las armas francesas, á los napolitanos y piamonteses valiéndose de las armas alemanas. Pero los gérmenes quedaron y la reacción no pudo en ninguna manera llevarse los. La casa de Borbon repitió en el trono de Francia palabra por palabra la historia de la restauración de la casa de Estuardo en el trono de Inglaterra. Luis XVIII, fué como Carlos II, escéptico y brillante; pero Carlos X, fué como Jacobo II, fanático y empedernidamente reaccionario. Al segundo Borbon le sucedió como al segundo Estuardo, le sucedió el destronamiento. Y los franceses encontraron su casa de Orange en la casa de Orleans, porque á pesar de haber sido aquella una revolución popular, no pudo llegar á ser una revolución republicana. Pero el republicanismo empuñó las armas, aunque con varia fortuna, y se consagró á la propaganda de sus ideas con sin igual ardor. En día memorable el trono de Luis Felipe se vino á tierra, y le sustituyó la República. Jamás fué tan grande la esperanza, jamás tan risueñas las ilusiones de cuantos creían imposible que el espíritu humano dejara de encarnarse en la forma natural y propia de su esencia, en la forma republicana. Nuestro ideal había venido cuando ménos lo esperaba Europa. Francia tornaba á ser de nuevo el soldado de la libertad, el soldado de la democracia, el soldado de Dios. Milan combatía por su independencia con la pujanza de los héroes, con el ardor de los mártires. Venecia, aquel cadáver que flotaba sobre las lagunas, se incorporaba resplandeciente de gloria ahuyentando á los austriacos, y recogiendo nuevamente las enseñas de su vieja República. El génio de la democracia antigua se confundía con el génio